LOS AÑOS DE APRENDIZAJE DE ANTONIO MACHADO

(Su relación con la Institución Libre de Enseñanza)

Por

MANUEL DE TERÁN

Si mi presencia aquí, ahora, y mi habla requieren una justificación, esa justificación se basa en dos razones. La primera que los dos grandes maestros extrauniversitarios que yo he tenido, los que han moldeado mi pensamiento y han forjado, templado y afinado las cuerdas de mi sensibilidad han sido D. José Ortega y Gasset y D. Antonio Machado. Y la segunda, porque he venido aquí requerido por la Casa de Cultura y por Julián Marías.

Mi conferencia la he titulado «Años de aprendizaje de Antonio Machado». Primero, lo que debió a la herencia y su tradición familiar; después, lo que en su aprendizaje de la vida se puede rastrear, por sus recuerdos de infancia, adolescencia y primera juventud. De su infancia en Andalucía y después de su estancia en Madrid.

Machado dice: «Mi infancia fue andaluza; mi adolescencia y mi juventud fueron madrileñas; pero hay una parte de la infancia de Machado que es madrileña, puesto que dejó Andalucía a los ocho años.

La tradición familiar es la de los Antonios Machado, pues hay tres Antonios Machado: Antonio Machado Núñez, que vivió entre 1812 y 1896; Antonio Machado Álvarez, que vivió entre 1846 y 1893, y Antonio Machado Ruiz entre 1875 y 1939. La vida de los tres Machado se extiende sobre ciento veintisiete años, es decir, casi todo el siglo XIX, que aproximadamente comienza por las fechas de 1808 y 1812, con la invasión francesa y se prolonga sobre una buena parte del siglo XX. Descontando los años de niñez, los tres Machado vivieron, fueron testigos, incluso participaron en más de un siglo de vida española, una vida que fue más abundante en desdichas y desventuras que en lances felices y venturosos.

El nacimiento de Antonio Machado Núñez coincide, precisamente, el año 1812, con el momento que se está elaborando en Cádiz la primera constitución liberal de España. Es el que más vive de los tres Machado, con ochenta y tres de vida. Él vio morir a su hijo Antonio Machado Álvarez, y cuando murió, el nieto Antonio Machado Ruiz ya contaba los veintiún años. Fue una vida fecunda y activa: estudios de Medicina en París; después, su primera Cátedra; una breve estancia en Santiago de Compostela; luego, Sevilla; Doctor en Medicina, Farmacia y Filosofía y Letras; profesor de Historia Natural en la Universidad de Sevilla y, a partir de 1883, Doctor Profesor en la que entonces se llamaba, como hasta hace pocos años, la Universidad Central. Además en su vida hay una participación en la política. Hombre de la Generación del 68, fue Gobernador de la Provincia, creada en 1833, de Sevilla, y Alcalde de la misma. Pero Machado Núñez nos remite aún por su matrimonio con Cipriana Álvarez Durán a D. José Álvarez Guerra. No está de más remontarse nada menos que al bisabuelo de Machado, pues éste fue autor de una ambiciosa obra filosófica cuya portada decía así: «Unidad Simbólica y destino del hombre en la tierra» o «Filosofía de la razón por un amigo del hombre», obra dedicada a la Infanta Isabel II, reina de España, en cuatro volúmenes que fueron apareciendo en Sevilla entre los años 1837 y 1857. El título basta para explicar que no se necesitaba la perspicacia del gran cazador de brujas que fue Menéndez Pelayo para avizorar en José Álvarez Guerra, un precursor del krausismo y eso que como el mismo D. Marcelino dice, D. José Álvarez Guerra, «no tenía el menor barrunto de la existencia de hombre llamado Krause». Pero, por otra parte, y agotando esta exploración de antecedentes familiares, D.ª Cipriana Álvarez Durán, la abuela de Antonio Machado, era hermana de Agustín Durán —él no firmaba Álvarez Durán, sino Agustín Durán—, compilador de un «Romancero general», publicado en la Biblioteca de Autores Españoles y del cual dice Antonio: «yo aprendí a leer en el Romancero General que compiló mi buen tio D. Agustín Durán». Con esto tenemos los bisabuelos, los abuelos; queda el padre.

El segundo Antonio, Antonio Machado Álvarez, nació en Santiago de Compostela en el año en que su padre ejercía una Cátedra de Historia Natural en esta Universidad. Después pasó a Sevilla; hizo

estudios de Licenciatura de Derecho y de Doctorado de Filosofía y Letras; fue profesor auxiliar de la Universidad; ejerció de Abogado; incluso la función de Juez, y en 1878 se decidió su vocación por el folklkore. Los primeros estudios serios sobre el cante flamenco en España por él fueron realizados. Comenzó a publicar entonces una revista titulada «Folklor andaluz», y andaluces son sus estudios, pero no hay que olvidar que como tributo a su nacimiento en Galicia escribió también un libro titulado «Calendario popular gallego». Ya para entonces habían nacido Manuel y Antonio. Manuel, en 1874 y Antonio en 1875, pero con una diferencia escasa de once meses. Antonio Machado había casado en 1873 con Ana Ruiz. Obligado es aquí el recuerdo de la forma en que se conocieron, pero vamos antes a sacar algunas consecuencias de estos antecedentes familiares. Si el abuelo Machado Núñez fue hombre de la revolución del 68, Antonio Machado Álvarez, aunque no participó en la política activa, con seudónimo publicó varios artículos de carácter anticlerical e incluso antieclesiástico en una revista que dirigía D. Nicolás Salmerón. Por otro lado, su padre le educa en el conocimiento del saber popular. En la herencia familiar hay, pues, tal vez, una cierta explicación de esas gotas de sangre jacobina que Antonio Machado dice que había en sus venas, se trata pues de una familia claramente liberal y situada, digamos fuera de la iglesia. Claro está que Machado, cuando dice «hay en mis venas gotas de sangre jacobina», inmediatamente añade «pero mi verso brota de manantial sereno» y hay que recordar también la bondad y generosidad de Machado, cuando al hacer el elogio de «Azorín», disculpa su conservadurismo, incluso su carácter político reaccionario y dice «reaccionario por asco de la greña jacobina». Sí, unas gotas de la sangre jacobina, pero no greña jacobina. De la misma manera con esa bondad y generosidad cuando habla de Valle Inclán, por el cual sintió eso que en términos familiares llamamos una debilidad, disculpa también su bohemia, de la que dice, «no es la bohemia desgarrada, maloliente y alcohólica».

De su infancia, los biógrafos suelen comenzar sus recuerdos con la imagen de un patio de Sevilla donde florece el limonero. En su infancia en efecto está el limonero, y también naranjos encendidos; aroma de jazmines, alguna evocación de palmeras, y también el buen perfume de la hierbabuena, de la buena albahaca, que cultivaba la

madre en sus macetas. Pero todavía no aparece el olivo. El olivo, como objeto de su amor y de su poesía, aparecerá después, cuando ya vuelva de Soria como catedrático de Baeza.

Hay también los recuerdos del Palacio de las Dueñas. Pero entre esos primeros recuerdos, dos son muy importantes para él. Uno, la forma en que se conocieron sus padres —llamar recuerdo a esto parece una incongruencia, pero ya veremos cómo del texto de Machado mismo no va a resultar tan incongruente—. Es un recuerdo que ni siquiera el más superfroidiano puede considerarlo como procedente de una vida intrauterina, puesto que todavía no se había iniciado siquiera su gestación. Pero sucede que en nuestra vida tenemos los recuerdos vividos, existidos; pero tenemos otros que, a veces, son más vivos; que proceden, no de nuestra vida y existencia sino de algo que nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros amigos nos contaron y que hemos asimilado de tal manera que son recuerdos más vivos que si los hubiéramos vivido con nuestra propia vida física y moral. Y a esos recuerdos pertenece éste que Mairena cuenta de la siguiente manera: «Otro acontecimiento también importante en mi vida es anterior a mi nacimiento y fue, que unos delfines equivocando su camino a favor de la marea se habían adentrado por el Guadalquivir, llegando hasta Sevilla. De toda la ciudad llegó mucha gente atraída por el insólito espectáculo. A la orilla del rio, damitas y galanes, entre ellos mis padres, que allí se vieron por primera vez. Fue una tarde de sol que yo he creído, o he soñado recordar más de una vez». Desde la biografía de Pérez Ferrero, todos los biógrafos vienen contando este incidente; de cómo por el arte de unos delfines despistados que llegaron a Sevilla y armaron un gran festejo en sus orillas, se conocieron los padres de Antonio Machado.

Pero hay otro recuerdo sobre el cual pocas veces se ha hecho una mención y yo creo que es importante. Mairena, el otro yo, el «alter ego» de Machado dice que fue el primer acontecimiento importante de su vida y lo relata así: «Era yo niño, caminaba con mi madre, llevando una caña dulce en la mano, fue en Sevilla y en remotos días de Navidad. No lejos de mí caminaba otra madre con otro niño portador a su vez de otra caña dulce. Yo estaba seguro de que la mía era mayor. ¡Oh, tan seguro! No obstante pregunté a mi madre, porque los niños buscan confirma-

ción de sus propias evidencias, la mía es mayor, ¿verdad? No hijo, me contestó mi madre, ¿dónde tienes los ojos? He aquí lo que yo he seguido preguntándome toda la vida, ¿dónde tengo los ojos?». Esto le debió impresionar mucho a Antonio Machado. Esto lo cuenta Juan de Mairena. Pero en «Los Complementarios», mucho antes, dice que le dejó muy fuerte huella. En «Los Complementarios aparece el pasaje descrito con el título «Mi caña dulce». Da muchos más detalles. Dice que su edad era entonces de seis o siete años y que iba en compañía, no de su madre, sino de su abuela. Que se hallaba sentado en un banco de la Plaza de la Magdalena, cuando pasó otro niño que llevaba también una caña de azúcar. También en este relato le pregunta a su abuela, en tono afirmativo más que interrogante, «¿no es verdad que mi caña es mayor que la de ese niño?». Y la respuesta de la abuela, fue como la de la madre, en Juan de Mairena, con un acento de verdad y cariño, dice Machado, que no olvidaré nunca: «al contrario, hijo mío, la de ese niño es mucho mayor que la tuya». Y añade Machado: «Parece imposible que este trivial suceso haya tenido tanta influencia en mi vida». «Todo lo que soy, bueno y malo, lo que hay en mí de reflexión y fracaso lo debo al recuerdo de la caña dulce».

Este pasaje que figura en «Los Complementarios», fue después rectificado en Juan de Mairena. ¿Qué quiere decir todo esto? Yo muchas veces me lo he preguntado. En Juan de Mairena ya no es la abuela, es la madre. Precisa, en cambio, los años. Hay algunas diferencias, lo cual quiere decir que él ha estado dando vueltas a ese recuerdo. No hay que olvidar que Machado dice en otro lugar: «La memoria es infiel, borra, confunde y a veces inventa para desorientarnos». Luego, él meditó sobre ese recuerdo y acabó precisando y recordando que no fue su abuela, sino su madre la que le dijo... ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué fue la lección ésa? ¿Por qué dice, nada menos que esto: «Todo lo que soy, bueno y malo, lo que hay en mí de reflexión y de fracaso lo debo al recuerdo de mi caña dulce»?

¿Qué podía venir de aquí? ¿Qué consecuencias se podían derivar? Posiblemente fue lo que dejó a Antonio Machado inmunizado contra toda posible pretenciosa jactancia. Desde entonces aprendió su propia medida y aprendió a medirse con los demás. Aprendió esa virtud

del hombre comedido que es el que se mide con la virtud de la mesura.

Es el mejor de los buenos / —dice en uno de sus sentenciosos cantares— *quien sabe que en esta vida / todo es cuestión de medida: / un poco más, algo menos.* Y esto fue Machado, un hombre de medida, de mesura. Tal vez pueda ponerse en relación con este recuerdo aquello que Machado dice que aprendió de un pastor en tierra de Soria, y luego lo pone en boca de toda Castilla, de un pastor que le dijo: «Nadie es más que nadie». Esto también es algo que se repite en él y que Mairena glosa y traduce diciendo que «por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el valor de ser hombre». También podría ponerse en relación con esto el consejo que da Mairena a sus alumnos: «Sed modestos, Yo os aconsejo la modestia. O por mejor decir, yo os aconsejo un orgullo modesto, que es lo español y lo cristiano». Y tal vez, por último, podría ponerse en semejante relación lo dicho, ya en sus últimos años por Mairena a sus alumnos: «No es fácil que pueda yo enseñaros a hablar, ni a escribir, ni a pensar correctamente, porque yo soy la incorrección misma. Mi alma siempre es un borrador, llena de tachones, de vacilaciones, de arrepentimientos. Llevo conmigo un diablo, pero no el demonio de Sócrates, sino un diablejo que me tacha, a veces, lo que escribo, para escribir encima lo contrario de lo tachado. Que a veces habla por mí y otras yo por él, cuando no hablamos los dos a la par para decir a coro cosas distintas —y añade con desenfado— ¡un verdadero lío!». «Para los tiempos que vienen —añade— no soy yo el maestro que debéis elegir, porque de mí sólo aprenderéis lo que, tal vez, os convenga ignorar toda la vida: a desconfiar de vosotros mismos». Tal vez estos y otros textos pudieran explicarnos la importancia que él dio al episodio de la «caña dulce».

Pero continuando con los recuerdos de infancia, junto a estos de que hemos hablado, el de «la caña dulce» y el de «cómo se conocieron sus padres», hay en Machado el recuerdo siempre lleno de enorme cariño, entrañable cariño tanto de su padre como de su madre.

No hubo entre los Machado, como hemos visto, ese conflicto de generaciones, que se ha llegado hoy a exagerar diciendo que las

nuevas juventudes son como otra raza sino continuidad, comprensión, ayuda, transmisión de saber, transmisión de modo de ser.

Con respecto a su padre hay un soneto del que no me resisto a prescindir: *Esta luz de Sevilla... Es el palacio / donde nací, con su rumor de fuente. / Mi padre, en su despacho. —La alta frente, / la breve mosca, y el bigote lacio—. / Mi padre, aún joven. Lee, escribe, hojea / sus libros y medita. Se levanta; / va hacia la puerta del jardín. Pasea. / A veces habla solo, a veces canta. / Sus grandes ojos de mirar inquieto / ahora vagar parecen, sin objeto / donde puedan posar, en el vacío. / Ya escapan de su ayer a su mañana; / ya miran en el tiempo, ¡padre mío!, / piadosamente mi cabeza cana.* Este ir del presente hacia el futuro, es uno de los temas importantes en Machado. Pero también después, en «Los Complementarios», hay otro bello pasaje, cuando Machado tiene cuarenta y un años y escribe: *...Pasea —oh padre mío ¡todavía! / estás ahí, el tiempo no te ha borrado. / Ya soy más viejo que eras tú, padre, mío, cuando me besabas. / Pero en el recuerdo, soy también el niño que tú llevabas de la mano...*

Y de su madre, «la madre que cultivaba la hierbabuena y la albahaca en sus macetas», hay otros recuerdos. Uno, cuando dice: *Desde el umbral de un sueño me llamaron... / Era la buena voz, la voz querida.* Esa voz querida, seguramente es la voz de la madre, aunque no aparece esta palabra. Pero hay otro poema en que sí aparece: *Galería del alma... ¡El alma niña! / Su clara luz risueña; / y la pequeña historia, / y la alegría de la vida nueva... / ¡Ah, volver a nacer, y andar camino, / ya recobrada la perdida senda! / Y volver a sentir en nuestra mano, / aquel latido de la mano buena / de nuestra madre... Y caminar en sueños / por amor de la mano que nos lleva.* Esta madre fue la que, cuando murió Leonor y Machado se trasladó a Baeza, para aliviar su dolor y soledad se trasladó con él, y esta misma madre fue la que en la noche del 27 al 28 de enero de 1939, no de la mano material pero sí de la mano del alma, pasó con Machado la frontera, para morir, antes de transcurrir un mes —el 25 de febrero—, tres días después de su hijo, y recibir tierra junto a él en el Cementerio de Collioure.

Éstos son los recuerdos de la infancia andaluza.

Vayamos ahora con los de la infancia y adolescencia madrileña.

A Madrid vinieron los Machado. Antonio, nace por el año no en que se funda realmente la Institución, pero sí el año que se constituye en el pensamiento de sus hombres. Empieza a funcionar la Institución en 1876. De todos es conocido cómo, bajo el primer Gobierno de Cánovas, el Ministro de Orovio, promulga una serie de disposiciones atentatorias contra la libertad de Cátedra, que promovieron aquella rebelión universitaria de profesores, de los cuales unos fueron destituidos, otros sancionados y otros renunciaron voluntariamente a sus Cátedras. Entre esos profesores estaba D. Francisco Giner de los Ríos, que, por un escrito dirigido en son de protesta al rector, fue conducido a Cádiz y encerrado en el Castillo de Santa Catalina. Con malísima intención, no hace mucho, en un diario madrileño, se dijo que él había solicitado formar un Centro de Enseñanza Libre en Gibraltar. Fue todo lo contrario. Él recibió ofrecimiento para fundar un Centro de Enseñanza en Gibraltar, y no quiso hacerlo de ninguna manera. Volvió después a Madrid y con un grupo de amigos decidió fundar un Centro de Enseñanza Libre, una posible Universidad Libre, que, como luego veremos, no fue posible y se quedó en Escuela Secundaria, y por último, en Escuela Primaria. Entonces, ya fundada la Institución, como hemos dicho, Antonio Machado Núñez, en 1883, se traslada a la Universidad de Madrid, como Catedrático de la Facultad de Ciencias, de la que va a ser Decano, creo que hasta su muerte.

Las cosas habían cambiado. A Orovio le había sucedido el ministro Alvareda. La situación dentro del Ministerio, que entonces se llamaba de Fomento, y una rama era la de Instrucción Pública, se había liberalizado y la familia Machado se trasladó de Sevilla a Madrid. Sería exagerar y sacar las cosas de quicio el pensar que el traslado se hizo para que sus hijos, Antonio, Manuel y José, se educaran en la Institución, aunque esto pudo, hasta cierto punto, pesar en la decisión de los padres. Cuando los padres se trasladan de una provincia a una capital, piensan en la educación de sus hijos, pero no hay que exagerar las cosas y ver en el deseo de llevar los hijos a la Institución el motivo del traslado de una familia. Posiblemente, pesó más el deseo de una vida más amplia, de horizontes más abiertos. Machado Álvarez estaba haciendo una obra. Tenía una obra que necesitaba un público. Y yo pienso también que entre este complejo de motivos que determinaron el traslado a Madrid pudo pesar

el liberarse de la presión social que una familia situada fuera de la iglesia, aunque tuviera un grupo selecto de amigos, debía sufrir en la Sevilla «fini secular».

La familia, una vez en Madrid, cambia de domicilio varias veces. El itinerario ha sido seguido por todos los biógrafos, pero quien lo ha estudiado más detenidamente ha sido el escritor D. José Montero Alonso, en un largo artículo titulado «Las casas madrileñas de los Machado». En Madrid entonces ya estaba empezando a construirse el ensanche, proyectado en 1860 por Carlos María Castro. Pero las obras iban lentas. Apenas había despegado ese nuevo Madrid de la calle de Alcalá. No llegaba, ni con mucho, a la de Goya. En Madrid tuvieron su primera residencia los Machado, en la calle de Claudio Coello, esquina a la de Villanueva. Se trasladaron después a la del Almirante; de aquí, a la de Santa Engracia, hoy García Morato. Luego, sucesivamente, las de Alcalá, de Apodaca y Fuencarral. Todo esto es anecdótico, pero se le ha tratado de sacar demasiada punta. Se piensa que todos esos itinerarios son movidos también por la Institución, buscando la proximidad. Es cierto que en aquel Madrid, en que todavía no había tranvías eléctricos —el primer tranvía circuló en 1901—, en que solamente había algunos tranvías de mulas, la proximidad al Centro de enseñanza al cual habían llevado sus hijos, que era la Institución Libre de Enseñanza, debió pesar, pero no todos los itinerarios, no todas las idas y venidas pueden explicarse por esta razón. Posiblemente en los primeros domicilios, el de la calle del Almirante, próxima a la de Infantas, donde estuvo el primer local de la Institución; el de la calle de Santa Engracia, próxima al paseo del Obelisco, hoy calle General Martínez Campos, que fue el último local de la Institución y que llegó hasta 1939, jugaron los motivos de proximidad. Por otro lado hay que tener en cuenta que entonces era un Madrid en el que el mudar de residencia era muy fácil, y había posibilidad de elección. La gente cambiaba por varias razones: cuando aumentaba el número de hijos, o, al contrario, cuando la familia disminuía. Los matrimonios viejos abandonaban la casa grande por otro piso más pequeño. Lo hacían también siguiendo los altibajos de la fortuna y al padre de Machado no le fue bien en la vida. Antonio Machado Álvarez tuvo que marchar a Puerto Rico; allí ejerció el cargo de Registrador de la Propiedad. Regresó enfermo y murió en Sevilla, antes que su

padre Antonio Machado Núñez. Por consiguiente, no creo ver el itinerario domiciliario de los Machado en función, exclusivamente, de la Institución Libre de Enseñanza.

Después de esto podemos recordar ya la estancia de Machado en la Institución. Sus padres les llevaron inmediatamente después de su llegada y los hicieron recibir en la clase de párvulos de la Institución. Antonio Machado permaneció seis años en la Institución Libre de Enseñanza, entre los ocho y catorce de su vida, pues ya en 1889 comienza sus estudios en el Instituto de San Isidro y al año siguiente se traslada al de El Cardenal Cisneros. Luego, sus estudios de Bachillerato se interrumpen, y no termina hasta el año 1900, cuando ya había cumplido los veinticuatro años, lo cual no le impediría, al no tener más que el título de Bachiller —la Licenciatura fue muy posterior— ser Catedrático de Francés, pues entonces, lo mismo que para la gimnasia y de otras asignaturas consideradas como adorno, no se exigía nada más que el título de Bachiller.

Seis años nada más que coinciden, todavía, con la infancia y primera adolescencia o transición a la adolescencia. ¿Se puede decir, a base de eso, que Machado era un hombre de la Institución? ¿Qué hay de institucionista y de no institucionista en Antonio Machado? Él siempre guardó un gran recuerdo de la Institución. Posiblemente, el traslado al Instituto de San Isidro fue debido, como en épocas posteriores, en el caso de otros alumnos, a que la Institución no preparaba para los exámenes. El Bachillerato de entonces no era todavía el Bachillerato de Romanones, de 1903. Era un Bachillerato muy recargado de asignaturas. La Institución procuraba la formación moral, espiritual, intelectual de sus alumnos, pero como era un centro libre cuyos alumnos tenían luego que ir a examinarse a un Instituto, en éste se les examinaba con un programa en la mano y al alumno se le preguntaba la lección, tal o cual, y había que saber esa lección con todos sus detalles y además haber estudiado el texto del profesor del Instituto, y en Madrid no había más que dos Institutos: el de San Isidro y el del Cardenal Cisneros. De manera que es muy posible que el motivo de no continuar sus estudios donde los empezó fuera éste. Éste fue uno de los motivos por los cuales la Institución acabó casi por

renunciar a la Enseñanza Secundaria. Sin embargo, recuerdos de la Institución existen en su vida y en su alma. Dice en 1917: «me eduqué en la Institución Libre de Enseñanza, a sus maestros guardo afecto y profunda gratitud».

Como recuerdo de su infancia, en ella podemos considerar no sólo el famoso poema dedicado a la muerte de D. Francisco, sino lo que de esos años y a propósito de la muerte de D. Francisco dice en prosa Machado. Describe cómo era allí la enseñanza: «Los párvulos aguardábamos, jugando en el jardín de la Institución, al maestro querido. Cuando aparecía D. Francisco corríamos a él con infantil algazara y lo llevávamos en volandas hasta la puerta de la clase. Hoy, al tener noticia de su muerte, he recordado al maestro de hace treinta años. Yo era entonces un niño; él tenía ya la barba y el cabello blanco». Sigue después haciendo la descripción de las clases, de el método socrático, de su modo de enseñar, el diálogo sencillo con objeto de estimular el alma de sus discípulos, para que la ciencia fuese pensada, vivida por ellos mismos. «Era —dice— D. Francisco Giner un hombre incapaz de mentir e incapaz de callar la verdad... Era sencillo, austero hasta la santidad, amigo de las proporciones justas y de las medidas cabales... Tenía el alma fundadora de Teresa de Ávila y de Íñigo de Loyola... Toda la España viva, joven y fecunda, acabó por agruparse en torno al imán invisible de aquella alma tan fuerte y pura...».

Viniendo ahora al paisaje, tal vez de su estancia en la Institución aprendió el amor a la encina. D. Francisco, y luego su continuador D. Manuel Bartolomé Cossío, tenía la costumbre, los domingos, de reunir a un grupo de alumnos y exalumnos en las afueras de Madrid, en lo que hoy es la plaza de la Moncloa, y emprender la marcha al Pardo —14 kilómetros de ida, 14 de vuelta— para pasar allí el domingo. Yo creo que aquí hizo el descubrimiento y trabó sus primeros amores con la encina castellana. De la misma manera, en sus excursiones con la Institución, aprendió Machado a amar el Guadarrama: «¿Eres tú, Guadarrama, viejo amigo?...». La Institución organizaba otras excursiones más largas. En la sierra tenía una pequeña casita, poco más que de peones camineros, a media ladera, entre la estación del ferrocarril de Cercedilla y el puerto de Navacerrada. Se iba hasta Cercedilla por la mañana; por la tarde se caminaba hasta la casilla;

allí ya, se hacía noche y muy temprano, andando, se seguía hasta Navacerrada. Luego se descendía hasta La Granja y de La Granja se caminaba a Segovia, para tomar el tren y retornar a Madrid. De estas excursiones, sin duda, guardó siempre Machado el gusto por la montaña. Recuerden el poema: «*Mediaba el mes de Julio. Era un hermoso día, / Yo, solo, por las quiebras del pedregal subía*». Y luego va recordando cómo buscaba de cuando en cuando los recodos de sombra para descansar y para enjugar el sudor de la frente; para dar un respiro al pecho jadeante y continuar adelante apoyándose en su bastón como en un cayado pastoril, alcanzaba las cumbres habitadas por las rapaces de altura y al hollar las hierbas montaraces sentía el fuerte olor del romero, el tomillo, el espliego y la salvia. Y, tal vez, de ahí también conservó Machado el gusto de la naturaleza y de andar; pero por el contrario, su fobia contra la educación física. «El amor a la naturaleza —dice— es lo que hay que despertar en el niño». Con ello, tendremos, más tarde, hombres maduros y ancianos venerables capaces de atravesar la sierra de Guadarrama en los días más crudos del invierno —como eran los hombres que él había visto—, ya por deseo de recrearse en el espectáculo de los pinos y los montes, ya movidos por el afán científico de estudiar la estructura y composición de las piedras, o encontrar una nueva especie de lagartijas. A este propósito recuerda a Bolívar —Bolívar, que fue el patriarca de los naturalistas españoles, «cazando saltamontes a sus setenta años»— y añade con gracia: «Con general asombro de las águilas, los buitres y los alcotanes de la cordillera carpeto-vetónica».

Este amor a la encina, al Guadrrama y a Castilla pudo aprenderlo en esos años de estancia en la Institución. Lo que fortifica esta idea de la afinidad y la vinculación con aquélla, es también el homenaje que en 1926 la Institución, considerando a los dos Machado —Manuel y Antonio— antiguos alumnos, les rindió en su jardín, en el pequeño jardín. Cossío cita en el acto un pasaje de la «Ilíada», en que para vencer la cólera de Aquiles, su maestro Phoenix les habla de cómo su padre —el de Aquiles— lo entregó en sus manos para que le enseñase a hablar bien y a realizar grandes hechos y entonces recuerda a los dos hermanos, a Manuel y Antonio, cómo su padre Antonio Machado Álvarez les entregó al maestro, a D. Fran-

cisco, para que les enseñara, como a Aquiles, a decir bellas palabras y a ejecutar nobles hechos, y termina diciendo: «Esto es lo que habéis hecho vosotros», en «Desdichas de la fortuna, o Julianillo Valcárcel», de cuya obra se leyeron en el acto algunas escenas y después el famoso poema «A Don Francisco Giner de los Ríos».

Con todo lo dicho, no se puede afirmar, en absoluto, que Antonio Machado fuera un hombre de la Institución, o como se decía en su tiempo, «un institucionista». Recientemente, Tuñón de Lara, después de reconocer que el bagaje de ideas y valores en la Institución recibidos le ayudaron para entrar y comprender el mundo, llega a la tajante afirmación de que no es posible interpretar la vida y la obra de Antonio Machado por las ideas recibidas en la Institución, y entre esa interpretación y la realidad «hay un abismo». Después considera, además, que hay varias etapas en la Institución. Efectivamente, las hay. Hay los diez primeros años que son de cerco, de sitio, en el que hay unos hombres que van contra corriente, que se encuentran en situación de combate, asediados, calumniados. Después, ya hay otro período sereno, de pedagogía, de reformismo, y luego, a partir de los años 20, empieza el período elitista de la Institución. Esto no lo entiendo. Pero el caso es que, por otro lado, también Valverde incide en esta afirmación, la de que al final la Institución se vuelve elitista de formación de minorías. Lo que efectivamente pasó fue lo siguiente: La Institución, que empezó con la pretensión de una Universidad Libre, tuvo que renunciar pronto a ello. Tuvo que renunciar sobre todo a partir de 1883, cuando los Catedráticos depuestos volvieron a sus Cátedras. Después, tuvo que ir renunciando progresivamente a la Enseñanza Secundaria por la razón que les he dicho. Era un Colegio Privado. Sus alumnos tenían que ir a examinarse a los Institutos oficiales y seguir el programa y aprender el texto del Catedrático de la asignatura. Había, además, algunos colegios que, no sé si de una manera oficial, los grandes colegios que eran entonces los grandes colegios religiosos, podían presentar una lista con las calificaciones de los alumnos, que servían, no para suprimir el examen, pero sí de orientación, para el examinador. Pero los colegios privados, y la Institución para este efecto, no era más que un colegio de barrio, tenían que presentar sus alumnos a cuerpo limpio y recitar la lec-

ción que se les preguntaba, con lo cual los alumnos de Bachiller iban saliéndose el primero, segundo, tercero o cuarto año, y la Institución quedó reducida a una Escuela Primaria. Pero, además, hay otro hecho totalmente olvidado, y es que el año 1907 se funda la Junta para Ampliación de Estudios; que, en 1910, se crea la Residencia de estudiantes, y otro hecho importantísimo: en 1918 se crea el Instituto-Escuela, en un intento de fundir la enseñanza real, que era la Institución, con la oficial. El Instituto-Escuela será un Centro, un Instituto de Segunda Enseñanza oficial con Catedráticos pertenecientes al escalafón de Catedráticos. Con maestras que habían ingresado por oposición en sus Cuerpos respectivos y el Instituto-Escuela drenó la gran masa que fue afluyendo y creciendo de gentes que, hasta entonces, habían ido a la Institución.

Volvamos al tema: «¿Era Machado un institucionista?». Distingamos entre un institucionismo escolástico, un institucionismo puro, que es el ginerismo —seguidores de Giner— y el krausismo. En primer lugar, ni todos los primeros fundadores, ni seguidores de D. Francisco fueron krausistas y Antonio Machado no fue krausista. El problema de Dios, el Dios que busca Machado, no es la divinidad de Krause, es un Dios personal y trascendente. Su problema religioso es el problema de Unamuno. Es el Dios de Unamuno el que él busca, no el de Krause.

Después, institucionista de los que podríamos llamar escolásticos, en el sentido de seguir formas y fórmulas, tampoco Machado podía serlo. Cuando él en su Autorretrato dice: «*Y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina / soy, en el buen sentido de la palabra, bueno*». Él tampoco podía ser el institucionista al uso que sabe su doctrina. Él lo que era es el hombre bueno, al cual, a cuyo corazón, habían llegado las ideas, los principios morales que inculcaba D. Francisco. Y lo que D. Francisco quería no era hacer hombres recortados por su mismo patrón. Lo que quería es que sus alumnos fueran ellos mismos; que fueran creadores, que se buscaran a sí mismos. Antonio Machado aprendió esa lección y se hizo a sí mismo y para eso tuvo que sufrir otras muchas influencias. Largas horas de lectura en la Biblioteca Nacional, conversaciones con distintas gentes. A este propósito, hagamos referencia a otro de sus recuerdos de adolescencia o de infancia: «Era yo un niño

de 13 años» —entonces dice que asistió, parece que era en el Retiro, a un mitin de Pablo Iglesias—. «Pablo Iglesias, en la plenitud de su vida, recuerdo haberlo oído hablar entonces, hacia 1888 en Madrid, probablemente un domingo, porque la memoria —vuelve a decir— borra y confunde. Al escucharle, hacía yo la única reflexión honda que sobre la oratoria puede hacer un niño: Parece que es verdad lo que este hombre dice». Le impresionó la figura del hombre. Después añade: «Yo oí entonces hablar a Pablo Iglesias de Marx y de otros ilustres pensadores que yo, por entonces, no lograba valorar». Y con enorme humildad, su habitual sinceridad, Machado dice —aunque estas páginas son escritas en su vejez— entre paréntesis («y acaso ahora tampoco»). Pero saca esta conclusión: «La conclusión que yo saqué de niño, que sacó aquel niño de 13 años es, el mundo en que yo vivo es mucho peor de lo que yo creía». Fue el descubrimiento de un hombre y el descubrimiento de la justicia, del problema de la injusticia, diríamos mejor, social. Sí, Machado para hacerse, es un hombre en el cual dejó una profunda huella D. Francisco, y después de Giner, algunos otros hombres de la Institución; pero fueron otros muchos los hombres con los cuales trabó conocimiento, de entre los cuales, claro, ya hemos citado, Unamuno.

Pero como estamos en Soria, quiero también no dejar de hacer mención a otra influencia que, sin duda, prefiguró su imagen de Soria. Esto nos lo hace ver José Tudela, buen amigo, tan a propósito para entenderse por su sencillez y su cordialidad con Machado, en un escrito publicado, en 1961, en «Celtiberia» que dice: «El primer escrito sobre Soria de Antonio Machado hace ver una influencia, una coincidencia, si queremos, con Lucas Mallada. Lucas Mallada fue un científico, un geólogo; su carrera, la de minas. Un magnífico científico. Pero conjugaba con eso el ser un excelente escritor». Como hace ver Tudela, hay párrafos que podían ponerse perfectamente en verso, o que son verso libre; que los podría haber escrito Machado y que cuando Machado llega a Soria seguramente lleva ese recuerdo. «Las cárdenas roquedas, los pelados serrijones, los desnudos pedregales, la calvas sierras», todo esto viene de la lectura de Mallada.

Y, ahora, una última conclusión. ¿Es Machado institucionista o no? Esto no nos preocupa. No debe preocuparnos. Buscando una

conclusión, lo que hay en Machado, indudablemente, es una fuerte influencia de Giner, o por lo menos que en Giner se encontró a sí mismo, como iba encontrándose en sus lecturas. De Machado se puede decir en esos encuentros con libros, con personas, lo que él dice de los campos de Soria «*Me habéis llegado al alma / ¿o acaso estabais en el fonde de ella?*».

Como resumen de todo esto, ¿qué hay en Machado? Un poeta formidable, eso nadie lo dudamos. Pero en él hay más que el poeta. Hay una magnífica lección moral. No es un metafísico, no. Yo no creo en la poesía metafísica. El poeta lo que debe es darnos una visión poética, en imágenes, de la metafísica. Lo que hay en Machado, es un moralista. Tan grande como su altura poética es su altura moral. Y en esa altura moral lo que hay que destacar fundamentalmente es su modestia, su sencillez.

Como Marías dice, Machado se acerca a las cosas y apenas las toca. Simplemente nos las señala con un gesto tímido y sorprendido que subraya su emoción y su belleza. Es poca cosa, pero esencial. No le da todo hecho al lector. No le da una interpretación conclusa, sola y suya de los objetos, sino que se limita a ponerlos en el escorzo más favorable y es para que el lector realice su propia interpretación. Esa sencillez que es esencial.

Una de mis preferencias literarias, en la literatura francesa contemporánea, es la que he sentido siempre por un autor muerto prematuramente que no conoció a Machado, ni Machado le conoció a él, pero en cuyo humanismo encuentro afinidades indudables. Es Saint Exupéry, muerto en una operación de guerra, como piloto, en la Segunda Guerra Mundial. En él hay una frase que se puede aplicar perfectamente a Machado. «La perfección —dice Saint Exupéry— no empieza cuando no queda nada que añadir, sino cuando ya no queda nada que suprimir». El ejemplo más precioso de esa perfección hecha, porque no queda ya nada que suprimir, es uno de los poemas más hermosos de la literatura y de la lengua castellana. Un poema tan breve que queda encerrado en un solo verso y ese verso es un octosílabo. Es el poema «Hoy es siempre todavía».

Hoy es siempre todavía. Todavía en el día de las veinticuatro horas. En cualquier período de la vida: juventud, madurez, vejez, hoy es siempre todavía. Siempre todavía para tachar, para borrar lo hecho, para arrepentirnos, para rectificar, para enmendar. Tiempo

también para terminar el trabajo empezado y no terminado. Tiempo para proyectar. Sí, amigos míos, grabemos profundamente en nuestra conciencia este hermoso, grande, profundo y esperanzador poema: «Hoy es siempre todavía».